

FORMACION E INTERRELACIONAMIENTO

La experiencia del Programa de Comunicación de CELADEC

MARIA CRISTINA MATA

Entre 1976 y hoy -estamos en septiembre de 1983- no sólo median 7 años para quienes trabajamos en el campo de la comunicación popular, sino un proceso rico y dinámico: experiencias que se han multiplicado, intercambios y convergencias, reflexión y teorización, intentos de cooptación, ataques, derrotas, marchas y contramarchas. Esfuerzos y situaciones que nos hablan de un movimiento amplio -articulado en gran medida, en otra buena medida disperso- que trata de ir consolidándose.

¿Por qué empezar el recuento desde 1976? Porque se trata -en estas líneas- de repasar lo que fue y significó la práctica del Programa de Comunicación de CELADEC, la Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana, y ese Programa comenzó a dar sus primeros pasos por aquel tiempo, cuando CELADEC tenía ya 14 años de trabajo en América Latina y una opción definida por la educación popular, enmarcada en un claro compromiso cristiano y ecuménico (1).

En el Programa de Comunicación fuimos conscientes, desde un primer momento, que enfrentábamos una tarea amplia y compleja: la comunicación popular se estaba haciendo en América Latina a distintos niveles y de diferentes maneras. Por un lado, organizaciones propias de los sectores populares -desde sindicatos a comunidades eclesiales de base, desde grupos de mujeres a comu-

nidades campesinas- rescataban y creaban formas y medios de expresión propios como parte de su práctica organizativa, reivindicativa, social. Por otro, una cantidad de instituciones o grupos intermedios generaban medios de información destinados a los sectores populares, trabajaban con ellos apoyando sus prácticas, producían materiales (mensajes) orientados a favorecer su auto-educación. ¿Dónde situar entonces ese Programa de Comunicación cuya finalidad global debía ser el apoyo y fortalecimiento de esas múltiples experiencias?

El carácter continental de CELADEC, su metodología de trabajo en base al relacionamiento con instituciones y grupos nacionales, obligaba a pensar la labor del Programa de Comunicación no como un esfuerzo aislado, centrado en sí mismo, fundamentado sólo en una concepción teórica de la co-

municación popular, sino como una labor asentada en ese conjunto y diversidad de experiencias que venían de lejos. La primera tarea fue, por consiguiente, un relevamiento básico de instituciones intermedias dedicadas a la comunicación popular; el primer resultado, un conjunto de necesidades y expectativas que surgían del tipo de prácticas relevadas. Entre ellas, la necesidad de formación en técnicas y metodologías para que grupos populares desarrollaran prácticas propias de comunicación, se veía como prioritaria. Pero junto a ella se entrevía otra -tal vez anterior? tal vez simultánea?—: la de superar el aislamiento y dispersión de las experiencias; la de la reflexión sobre su sentido.

Fueron delinéandose así las líneas básicas de acción del programa: una, la interrelación de grupos, instituciones, experiencias de comunicación popular; otra, la formación en ese campo y una inevitable tercera que habría de ser instrumental a las anteriores, la producción de materiales sobre el tema.

En contra de la dispersión

Del 1 al 7 de junio de 1979, casi 3 años después de que el Programa comenzara a andar, reuníamos en Lima a una treintena de centros de comunicación y documentación que trabajaban en 14 países del continente. Se trataba de la CLADOCOP (Consulta Latinoamericana de Documentación y Comunicación Po-

pular), que con todas las limitaciones del caso equivalía a un primer fruto del interrelacionamiento que habíamos impulsado. Un proceso en el cual se habían comprometido junto a nosotros varias instituciones: CEASPA (Panamá), CEDEE (República Dominicana), CEBIAE y CIDOB (Bolivia), CENCOS (Méjico) y el Servicio Colombiano de Comunicación Social. Con ellas, fijamos los lineamientos y convocamos la CLADOCOP tras una Pre-Consulta realizada en enero de 1979. ¿Qué perseguíamos entonces? "No se trataba solamente de debatir cuestiones, identificar problemas, intentar avances teóricos. Se trataba de lograr un entendimiento común, de intercambiar experiencias enriquecedoras, de arribar a acuerdos tendientes a establecer relaciones sólidas y fructíferas entre los participantes, vitales para el desarrollo de una práxis integradora" (2). ¿Por qué? En esa preconsulta habíamos dado las razones del caso. Decíamos entonces:

"La resolución de nuestras dificultades no se da aisladamente sino con el concurso de quienes, trabajando en estos terrenos, se encuentran ligados por un proyecto histórico común. Esas dificultades se encuentran tanto a nivel teórico como técnico o práctico.

A nivel teórico es indudable que el grueso de los avances realizados en el campo de la comunicación y la documentación como parte del desarrollo de las ciencias sociales, no se ha revertido en el campo de la comunicación y la documentación popular. Existen esfuerzos, es cierto, pero por lo general se apela a un pragmatismo que va inhibiendo la producción de un conocimiento crítico que oriente realmente la práctica. Ni siquiera se cuenta, muchas veces, con proposiciones teóricas surgidas en base a la sistematización de la práctica realizada. Ello equivale a reconocer una ausencia de reflexión, una suerte de activismo capaz de generar ideas y prácticas incorrectas.

.....

A nivel técnico y práctico las dificultades aumentan. Conocida es la falta de integración de los diversos grupos que no digamos ya a nivel continental -lo cual sería pedir demasiado tal vez- sino a niveles nacionales y aún más restringidos, tra-

bajan en estos campos con perspectivas coincidentes. La desconexión, el mutuo desconocimiento, el aislamiento, tienen efectos nefastos.

En primer lugar, conllevan la multiplicación de esfuerzos en diversos terrenos. En el de la producción es típica la duplicación de materiales y tareas que suponen despilfarro de tiempo, trabajo y dinero. En el terreno de la difusión es mucho también lo que se gasta de más llegando a los mismos sitios, cubriendo los mismos espacios y mucho lo que se deja sin trabajar como tierra de nadie. En el terreno de la documentación y provisión de información, el efecto suele ser más grave aún: los grupos, aislados entre sí, pierden la posibilidad de socializar los datos útiles para su trabajo y limitan de ese modo su práctica.

Ahora bien, no creemos ser los primeros en descubrir esas dificultades y somos conscientes de que ellas no existen porque sí. Que de alguna manera son reflejo de las restricciones que sufren quienes luchan -en cualquier terreno- contra el orden de injusticia y explotación. Y también son reflejo de prácticas incorrectas a causa de sectarismos, prejuicios, intentos de control y hegemonización por parte de ciertos grupos o sectores. Por eso, si bien una reunión de centros de comunicación y documentación que trabajamos en América Latina desde posturas convergentes no será una panacea, un remedio de todos los males, sí puede constituir una vía apta

para el correcto planteo de las dificultades y el acorde análisis de las posibles maneras de ir superándolas" (3).

La CLADOCOP fue así primer lugar de encuentro y debate para muchos; para otros, continuación de un esfuerzo

colectivo que ya venían impulsando en sus respectivos países. Cuando después de 4 años uno revisa las ponencias presentadas por los diversos grupos y los acuerdos y recomendaciones a que arribamos, siente aún su vigencia y la expresión de un serio intento de reflexión sobre la práctica (4).

Dentro de los acuerdos, hubo algunos que no pudieron materializarse -el establecimiento de una red alternativa de información a nivel latinoamericano, por ejemplo- y otros que por lo menos durante algún tiempo, impulsados desde el Programa de Comunicación de CELADEC -tal como la Consulta había solicitado- fueron estímulo y aprendizaje para muchos.

En diciembre de 1979 salía el primer número de un boletín, CANAL para la comunicación y la documentación popular que pretendía ser nada más ni nada menos que eso: un canal abierto entre quienes habían participado en la consulta de Lima y entre todos quienes quisieran utilizarlo para intercomunicarse. CANAL funcionó durante todo un largo año (el último número se publicó en enero de 1981) y sus secciones muestran tanto su intencionalidad como -tal vez- la utilidad que prestó.

Durante la CLADOCOP las instituciones presentes nos habíamos comprometido a desarrollar tareas conjuntas en comunicación y de documentación popular, a apoyarnos solidariamente; una sección del boletín, "Coordinando Esfuerzos" fue dando cuenta de esa labor compartida nacional e internacionalmente. También habíamos sentido la necesidad de estar al día sobre lo que hacíamos y sobre la actividad de muchos otros grupos latinoamericanos; "Los centros informan" y "Cómo trabajamos" fueron espacios que trataron de satisfacer esa necesidad, junto con otra sección en la que se daba cuenta de las "reuniones, encuentros, congresos y seminarios" y una cuarta que informaba acerca de los "nuevos materiales" relacionados con la comunicación y la documentación popular. Por último teníamos la pretensión, aún necesaria para que la memoria

Junto a las necesidades de formación para las prácticas de comunicación propias, se entreveía también la de superar el aislamiento y la dispersión de las experiencias.

no juegue en contra, de ir aportando datos y reflexiones "Para una historia . . ." -así se llamaba la sección- de todas esas búsquedas de expresión de nuestros pueblos, de todos los silencios, de todas las victorias y derrotas parciales. Queríamos, de alguna manera, demostrar que era válida aquella afirmación de Armand Mattelart con que justamente titulamos una entrevista que publicamos en el último número de CANAL: "la comunicación popular no nace de la nada". Queríamos conjurar uno de sus miedos -compartidos por muchos de nosotros- el miedo de que "haya temas que se ponen de moda olvidando todas las experiencias que han preparado la aparición de las alternativas populares en América Latina" (5).

CANAL dejó de aparecer en 1981

Capacitar para que esa comunicación popular lejos de ser la 'hermana pobre', fuera la otra voz, con todo lo que ella implica.

porque no existían condiciones que aseguraran su continuidad. Su intención, sin embargo, fue retomada en múltiples medios, algunos nacionales, otros latinoamericanos. La interrelación de grupos e instituciones era más real y productiva que años atrás. Ya eran muchos quienes se conocían y compartían esfuerzos gracias a labor de diversas instituciones entre las cuales el Programa de Comunicación de CELADEC era sólo, y felizmente, uno más.

Formarnos y para qué

Las demandas en el terreno de la formación eran muchas y variadas. Las instituciones intermedias demandaban capacitación para, a su vez, multiplicar esa tarea a nivel de base. Los grupos populares demandaban herramientas técnicas y teóricas para poder expresar-

se o hacerlo más adecuadamente.

En 1977 elaboramos el Proyecto de Talleres de Documentación y Comunicación, entendidos como ámbitos de reflexión y acción en los cuales las prácticas comunicativas a desarrollar se establecían en función de las necesidades e intereses de las instituciones y grupos que participaban en ellos.

Durante 5 años realizamos y cooperamos en la realización de un crecido número de talleres, siempre tratando de recoger las experiencias, de sistematizarlas y evaluarlas porque también para nosotros se trataba de un aprendizaje (6).

Si bien durante 1977 y 1978 varias instituciones nacionales habían participado en esta experiencia junto al Programa de Comunicación de CELADEC, fue a partir de la CLADOCOP que se abrió y enriqueció la labor. La Cruzada Nacional de Alfabetización de Nicaragua fue la primera oportunidad de que compañeros de diversas instituciones de México, Perú, Colombia, Costa Rica y República Dominicana acudieran a la convocatoria hecha por CELADEC para capacitar a 150 brigadistas en la utilización de medios de comunicación dentro de una dinámica popular. A partir de aquella experiencia, se sucedieron otras, no sólo en Nicaragua, sino en varios países.

Mientras tanto, habíamos llegado a definir lo que entendíamos por "capacitar para la práctica de la comunicación popular" (7), definición que se basaba en un propio aprendizaje de lo que era esa comunicación. Ni una moda ni un nuevo uso tecnológico; ni siquiera una propuesta de cambio elaborada a partir de prácticas intelectuales y políticas realizadas al margen -o muy adelante-, que es lo mismo- de la vida de los sectores y movimientos populares. Antes que nada, la comunicación popular que llegamos a definir como alternativa, era una praxis que se transitaba por múltiples senderos pero que se reconocía unánime en su hacer y en su perseguir: un hacer presente lo marginado y dominado, lo que se sufre y se pelea; un perseguir la posibilidad del habla que no es mero ejercicio de lenguaje sino ejercicio de vida igualitaria, de participación real, de libertad y justicia. Claro que suena lírico, pero eso aprendimos. La comunicación popular rescata al hombre del pueblo, no sólo su cerebro, su ideario político; rescata su cultura y su mundo cotidiano, su debilidad y su utopía.

¿Es que se podía capacitar entonces? ¿Por qué y para qué? Para que esa comunicación lejos de ser la "hermana pobre", fuera la otra voz, con todo lo que ello implica. Para que se reconociera a sí misma y se expandiera; para que la inferioridad tecnológica no implicara incomunicabilidad; para que los pocos recursos rindieran al máximo; para que supiéramos desde dónde y cómo informar, desde quiénes y hacia dónde pensar los mensajes y los medios.

Prensa, títeres, audiovisuales, carteles, canciones, obras de teatro, grabaciones, fotografías, fueron los medios habituales en los talleres de capacitación que el Programa realizó o ayudó a realizar. La reflexión, la teoría crítica no estuvo ausente porque ella es parte inseparable de la comunicación popular, y porque tratábamos de superar la actitud esquizofrénica que usualmente separa las prácticas alternativas del análisis de los modelos dominantes y del análisis de las alternativas globales. Fue por ello que organizamos con un Centro dominicano un curso durante el cual Armand Mattelart nos acompañó. En Lima, en 1981, el Seminario sobre Comunicación y Movimiento Popular reunía la experiencia y la reflexión; en Brasil, habíamos compartido con la UCBC e INTECOM, congresos y jornadas de estudio. Comenzamos a transitarse, finalmente, el campo de la investigación-acción como modo de indagar las alternativas desde dentro, en orden a su desarrollo.

Instrumentos para el trabajo

Así concebimos las publicaciones del Programa, que formaban parte de las publicaciones de CELADEC. Centramos la labor en la edición de Cuadernos de Capacitación que elaborábamos a partir de las experiencias de formación -La comunicación popular; Cómo funciona un centro de comunicación popular, Periodismo Popular, Técnicas simples de impresión, Los títeres- o elaboradas por instituciones fraternas a partir de su práctica nacional -Cómo leer los periódicos, Manual de Dibujo Popular, etc.-. Fueron instrumentos de trabajo con errores y limitaciones que reflejan un desarrollo superable; así fueron reeditados por muchos otros grupos e instituciones en diversos países, tal cual eran o modificados.

El otro nivel de trabajo editamos algunos libros que buscaron difundir reflexiones útiles para la labor de los comunicadores: el tratamiento que las agen-

cias internacionales y diarios peruanos hicieron de un hecho trascendental para la Iglesia latinoamericana, el viaje del Papa a México; los problemas del nuevo orden mundial de la información y la comunicación; son -entre otros- ejemplos de esa labor. (8).

Por último, elaboramos y reprodujimos audiovisuales que podían utilizarse como mensajes en experiencias de educación popular; historietas y cuadernos populares.

Lo que se aprendió

Se aprendió de los aciertos y de los errores. De los aciertos aprendimos la riqueza que se encierra bajo lo que genéricamente puede denominarse comunicación popular. Aprendimos que era útil buscar caminos comunes, impulsar una suerte de movimiento que fortaleciera lo existente dentro de una cada vez más clara conceptualización de las prácticas. Aprendimos que la formación del pueblo sólo es válida si se realiza cuando y como él la necesita; aprendimos -en suma- que no hay tiempos ni modelos prefijados, sino experiencias que obedecen a desarrollos paulatinos, contextualizados, en las cuales los intermediarios -personas o instituciones- pueden aportar en tanto y cuanto reflexionen sobre su rol intermediador y sepan ubicarse como uno más en un proceso colectivo; en una creación conjunta de alternativas globales que, por lo mismo, incluyen lo educativo y lo comunicativo.

Aprendimos también que era posible un discurso y una práctica común. En un taller en el que participábamos compañeros de diversos países -historias diferentes, diversas identidades políticas; aptitudes y conocimientos variados- uno de ellos recalcó el significado que tenía el hecho aparentemente simple de que, en pocos días, se pudieran haber constituido un equipo capacitador tan heterogéneo. "Estamos todos en lo mismo -señaló- y metodológicamente andamos por el mismo camino". Fue una enseñanza importante que enorgullecía y al mismo tiempo nos convertía a la humildad. Orgullo por saber que eran muchos quienes trabajaban en el mismo sentido; humildad que necesariamente nacía de un saber que no era privilegio de unos pocos elegidos y poderosos.

De los errores aprendimos varias cosas: lo difícil que es no imponer cuando se es intermediario institucional que tiene en sus manos recursos materiales y financieros. Aprendimos los riesgos del activismo; el vacío en que los intermediarios -envueltos en su propia dinámica y desarrollo- suelen dejar a quienes acompañan o apoyan. Aprendimos que la teoría crítica de la comunicación corre a veces por cauces propios, autónomos, sin acercarse a la praxis de la que necesariamente debería dar cuenta. Cuestiones no zanjadas, todas ellas, que impulsan hoy a mucha gente e instituciones a revisar sus prácticas. Prácticas que, tal como la que hemos reseñado en

estas líneas, tienen tal vez un único valor: el de ser esfuerzos ligados a una palabra colectiva de América Latina que bien podría decir con los versos de Raimon, el catalán:

Yo vengo de un silencio antiguo y muy largo de gente que va alzándose desde el fondo de los siglos, de gentes que llaman clases subalternas.

.....
Yo vengo de un silencio que no es resignado

.....
que romperá la gente que ahora quiere ser libre y que ama la vida; que exige las cosas que le han negado.

(Yo vengo de un silencio, Poemas y canciones, Ariel, Barcelona, 1976)



NOTAS

1. *El Programa de Comunicación fue coordinado entre 1976 y 1982 por Alfredo J. Paiva. Desde un comienzo trabajó conjuntamente con el Programa de Documentación de la misma institución, coordinado en ese entonces por José María Serra.*
2. *Documentación y Comunicación Popular, CELADEC, Lima, 1979, p. 6.*
3. *Idem, pp. 334-336.*
4. *El libro citado recogió las ponencias; las recomendaciones y acuerdos fueron publicados por el Centro Jesús María Pellín en sus Cuadernos de Comunicación de Base, No. 7, Caracas, 1980.*
5. *Entrevista publicada en CANAL*

No. 5, 1981.

6. *"Talleres de documentación y comunicación: sistematización y evaluación de la experiencia", en Documentación y comunicación popular, cit., p. 217.*
7. *María C. Mata, "Capacitación para la práctica de la comunicación popular" en Media Development, 3/1980, VOL. XXVII, WACC, Londres.*
8. *Una lectura de puebla se editó en CELADEC: La UPI en Puebla se editó con la colaboración del CEE (Méjico); Comunicación y Nueva Hegemonía fue resultado del curso dictado por A. Mattelart y se editó juntamente con el CEDEE (Rep. Dominicana). Por una información libre y liberadora fue editado por CELADEC.*

MARIA CRISTINA MATA, argentina, fue profesora de la Escuela de Ciencias de la Información de Córdoba desde 1971 hasta 1975. En 1976 se radicó en Perú donde continuó su labor académica en el Centro de Teleducación de la Universidad Católica y en la Universidad de Lima. En 1977 comenzó a trabajar desde el Programa de Comunicación de CELADEC en la capacitación de grupos y organizaciones populares. Desde entonces produjo diversos materiales sobre el tema y artículos varios sobre comunicación alternativa. Actualmente reside en Quito, donde se desempeña como responsable del área de investigación de la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica (ALER).
Dirección: ALER
Casilla 4639-A
Quito-Ecuador.